



ORACION FUNEBRE

EN HONOR DEL EXMO. SR.

D. MANUEL DORREGO,

GOBERNADOR Y CAPITAN-GENERAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES;
Y ENCARGADO DE LOS NEGOCIOS DE PAZ Y GUERRA
POR TODAS LAS DE LA UNION.

PRONUNCIADA

EL DIA 21 DE DICIEMBRE DE 1829,

EN

LA IGLESIA CATEDRAL

DE

BUENOS AIRES,

POR

EL DOCTOR D. SANTIAGO FIGUEROA,

DIGNIDAD DE LA MISMA IGLESIA.



B.329

84.157

Buenos Aires, Noviembre 3 de 1829.

Deseando el gobierno tributar los honores que son debidos á la buena memoria del Exmo. señor gobernador y capitán general de la provincia, D. Manuel Dorrego; ha espedido el decreto que impreso se acompaña al señor Dignidad de presbitero, Dr. D. Santiago Figueredo.

La solemnidad de aquel acto requiere, que se pronuncie un discurso en que se enuncian las virtudes de aquel benemérito é infortunado gobernador; y siendo necesario que se encargue de esta oracion, una persona que reúna á sus talentos un conocimiento particular del sugeto que debe ocuparlo, el infrascripto ministro de gobierno ha creido que nadie se halla en aptitud de hacerlo con mayores conocimientos que el señor Figueredo: y por ello es que espera quiera hacerse cargo de tan importante asunto. El infra-cripto reconoce lo difícil del encargo que recomienda al señor Dignidad de presbitero; pero reposa en la seguridad que le dan el mérito é inteligencia del mismo señor, para esperar corresponderá dignamente á tan importante comision.

El infra-cripto saluda, &c.

GUIDO.

Al señor Dignidad de presbitero, Dr. D. Santiago Figueredo.

Buenos Aires, 3 de Noviembre de 1829.

Tan justo es honrar la memoria del Exmo. señor D. Manuel Dorrego, como digno de S. E. este noble empeño. Todo será magestuoso y patético en esta pompa fúnebre, solo el elogio que V. S. se ha dignado encargarme no corresponderá al mérito de nuestro desgraciado señor gobernador, ni á las esperanzas del gobierno, ni al interes de este ilustrado pueblo, ni á mis deseos. Conozco el peso de la alta confianza que se me dispensa, registro mis facultades, y no las encuentro suficientes para sostenerla con dignidad. No obstante; el respeto y consideracion que me merece la menor indicacion de V. E., la gratitud al distinguido concepto con que me honra, y mis atenciones personales al señor D. Manuel Dorrego, me hacen arrostrarlo todo. Estoy convencido que el elogio fúnebre que se me pide necesita un genio; pero persuadido que no me es posible satisfacer cumplidamente mis deberes, me atrevo á contar con la indulgencia del gobierno y la del respetable público, siquiera por la voluntad y precititud con que me presto á tal sacrificio.

Tenga V. S. la bondad de hacer presente al superior gobierno mi deferencia á sus órdenes, y mis mas distinguidas consideraciones de respeto con que saluda al señor ministro.—

SANTIAGO FIGUEREDO.

Señor ministro de gobierno y relaciones exteriores.

Buenos Ayres, Diciembre 23 de 1829.

Cuando S. E. dispuso que se encargase á los talentos del señor Dignidad de presbitero, Dr. D. Santiago Figueredo, la oracion funebre del finado señor gobernador D. Manuel Dorrego,

go, esperó siempre que se desempeñara de un modo digno del grande asunto que le ocupaba. Esta esperanza no ha sido frustrada; y un pueblo entero ha podido juzgar si el Señor Dignidad ha llenado del modo mas honorífico tan difícil encargo. La relacion de los relevantes servicios del señor Dorrego, la descripcion de su infausta muerte, la consecuencia que ha habido sacar de este mismo tragico suceso el Señor Figueredo, y mas que todo el interes con que se produjo, y la viva emocion que inspiró á cuantos pudieron escucharle, lo harán siempre ocupar un lugar distinguido entre los oradores, que han honrado su patria transmitiendo á la posteridad el nombre de sus ilustres hijos.

El gobierno, pues, que conoce cuanto ha contribuido el señor Figueredo con sus trabajos á la afeccion del importante objeto que se propuso cuando acordó los honores funebres, á la memoria de aquel desgraciado gefe: ha ordenado al infrascripto manifieste la expresion de sus sentimientos, dando al señor Dignidad de presbitero las gracias debidas por tan distinguido é importante servicio.

Despues de haber cumplido el infrascripto las órdenes del gobierno, tiene el honor de saludar al señor Figueredo con su mas distinguida consideracion.

TOMAS GUIDO.

Buenos Aires, Diciembre 24 de 1829.

Cuando admití el delicado encargo, que el Sr. Ministro se servió conferirme á nombre de S. E., de honrar la memoria del finado Señor Gobernador D. Manuel Dorrego, toqué las dificultades de desempeñar de un modo digno las esperanzas de S. E. Entonces miré de mas cerca al héroe, consideré su magnitud, lo ví rodeado de furias empeñadas en devorar los restos del hombre de bien, su BUENA MEMORIA: medí mis aptitudes, y las hallé muy inferiores á mis deseos. Pero el deber que me imponía una insinuacion tan respetable, mi gratitud á la honrosa preferencia que se me daba, y mis consideraciones afectuosas al señor Dorrego, me hicieron arrostrarlo todo.

Persuadido que este héroe infortunado no necesitaba un orador ingenioso y elocuente, que, á esfuerzos del arte y del genio, abriantase su esqueleto; sino de un labio sincero, que refiriese sus hechos, yo me propuse seguir los pasos de su vida pública, desde que empezó á figurar en el mundo político hasta el momento fatal, que nos lo arrebató. No he adornado su sepulcro de flores, que tal vez no serían muy vistosas nacidas en un terreno poco fecundo; pero he procurado rodearlo de sentimientos, que son tan naturales como justos. Me lisonjeo sobre manera que mi trabajo haya merecido la aprobacion de S. E., y la expresion honorífica de su agradecimiento, que el Señor Ministro se ha dignado transmitirme; y despues de esto nada resta que desear al que subscribe, sino nuevas ocasiones de hacerse mas y mas digno de tan satisfactoria consideracion.—El que subscribe suplica al Señor Ministro tenga la bondad de elevar al conocimiento de S. E. su respetuosa gratitud, y admitir sus distinguidas consideraciones.

SANTIAGO FIGUEREDO.

ELOGIO FUNEBRE.

Et misit SIMON, et accepit ossa Jonatæ fratris sui, et sepelivit ea in Modin, civitate patrum ejus, et plauerunt cum omnis populus Israel plancu magno, et luxerunt dies multos.

Lib. I. Mac. Cap. 13, V. 25 et 26.

Mandó SIMON á buscar los huesos de Jonatás, su hermano, y los enterró en Modin, ciudad de sus padres; y le lloró todo el pueblo de Israel, y lo lloró por mucho tiempo.

EXMO. SEÑOR,

CUANDO un pueblo hace ostentacion de su dolor, permitiendo á sus ojos el desaogo de las lágrimas por la muerte de algun ciudadano desgraciado; cuando, renovando constantemente su llanto, acredita que él no es fruto de una sensibilidad pasagera, sino un justo homenaje de gratitud por sus servicios, y de sentimiento por sus desgracias, ¿Qué podrá decir un orador, que recomiende mas el mérito de su héroe?

Confieso, señores, que en el noble empeño que se me ha confiado, yo no encuentro expresiones mas elocuentes, que vuestras lágrimas. Mis afecciones personales podrian hacerme descubrir méritos verdaderos donde no los hay; pero un pueblo entero no se alucina, y vuestros públicos sentimientos no pueden dejar de ser los garantes mas infalibles de sólidas y sobresalientes virtudes. Es verdad, que el arte ayudada de las sublimes imágenes de la elocuencia, suele enternecer un auditorio respetable; pero semejante sensibilidad es mas debida al talento del orador, que al mérito del héroe, y por lo mismo ella es tan transitoria, como el sonido que la produce.

Por fortuna yo no tengo necesidad de cubrir de flores este triste monumento de vuestro dolor, ni vengo á imitar al célebre cónsul Antonio, que, mostrando al pueblo romano la túnica de Cesar traspasada á puñaladas, y su busto cubierto de heridas y de sangre, consiguió conmovirlo, hasta precipitarlo en venganzas. No permita el Cielo, que mi lengua excite pasiones tan innobles, y que, olvidando mi ministerio de paz, lo convierta en instrumento de horrores: no; mi objeto es solo, avivar vuestra sensible gratitud en favor de un héroe, cuya vida ha sido un tegido constante de servicios á la Patria, y cuya muerte ha causado un duelo general entre sus conciudadanos.

Pero señores, ¿quien es este mortal afortunado, cuya memoria sola, es

mas poderosa y elocuente para consternar un pueblo entero, que las exhortaciones mas patéticas de los mejores oradores? ¿Es por ventura aquel virtuoso y valiente Macabeo, juez incorruptible y defensor constante de los derechos del pueblo del Señor? ¿Aquel ponderado Jonatás, de quien dice el testo sagrado, que nada omitió de cuanto podia contribuir á la felicidad de su patria, y á la dilatacion de su fama, que llevó hasta las regiones mas distantes? ¿Aquel, cuya espada fue siempre el terror de sus enemigos, y el escudo de su nacion; que á los reyes unidos contra él dió mil dias de cuidados y de pesar, mientras que á sus conciudadanos proporcionó otros tantos de honor, de paz, y de respetabilidad? El es, señores, pero ya no existe: ese hombre, que se distinguia entre los demas por sus virtudes, como el cedro por su elevacion entre los bosques, desapareció tan pronto como el tierno arbusto al golpe de la afilada segur. El fué víctima de la ambicion.

Si, la ambicion; ese monstruo sangriento, que despedaza el alma, sin dejarla jamas tranquila; ese funesto taller de intrigas y de revoluciones, ese genio del mal, al que todo parece facil, porque cree que nada le es prohibido; que mira el crimen útil, como la mas brillante virtud, y que no reconoce otra ley, que la favorable á sus intentos; ese deseo, en fin, de encumbrarse sobre las ruinas ajenas, se apodera de un general, y en un momento viene á tierra la columna mas fuerte de Judá.

Poco satisfecho Trifon del alto rango que ocupa, se empeña en elevarse mas; pero considerando que el virtuoso, el incorruptible Jonatás, seria un muro impenetrable á sus designios, concibe la feroz resolucion de asesinarlo. No se atreve á egecutarlo cara á cara, viéndolo al frente de su ejército; pero el velo celestial de la amistad, que para un traidor es un fantasma imaginario si se opone á su fortuna, es el medio de que se vale, para egecutar su nefando proyecto. ¡O qué arma tan terrible y peligrosa para un corazon sencillo! El malvado sale á encontrar á Jonatás con la paz en el semblante, y el veneno de un aspid dentro de su pecho. Le saluda con respeto, le habla con dulzura, le separa con destreza de sus compañeros de armas, le presenta las llaves de Tolemaida, persuadiéndolo, que para tomar su posesion, le bastan unos pocos de los suyos, y cuando lo tiene dentro, subleva el pueblo, lo declara preso, asesina á sus amigos, y cerca de Bascamana le quita la vida con nuevas circunstancias de ferocidad. ¡Ha, pérfido; cuantas víctimas has sacrificado con un solo golpe! No es un hombre cualquiera, es el gobernador de un pueblo, es una nacion entera, la que has decapitado, marchitando todas sus glorias, y hundiendo todas sus prosperidades en un mismo sepulcro. Jonatás ya no existe, repiten las montañas de Judá, y un grito simultaneo de dolor se hace sentir en todas sus comarcas: el duelo se extiende hasta donde alcanzan los ecos de esta triste nueva; y al ver, que ya no posee sino los restos exánimes de su

virtuoso gobernador, Israel entero llora, y en su llanto le acompañan hasta las naciones extranjeras.

Pero, señores, aun no he comenzado el elogio fúnebre del heroe, que un año entero ha sido el objeto de vuestro duelo, y ya me parece que lo he concluido; porque ¿què podrá añadir mi debil expresion al brillante bosquejo que, siguiendo el testo sagrado, os acabo de delinear? ¿No reconocéis todos en este vistoso, aunque ensangrentado retrato, al Exmo. señor D. Manuei Dorrego, gobernador y capitán general de esta provincia, y encargado del poder egecutivo nacional por todas las de la union, cuya desgraciada muerte es hasta hoi el movil de vuestros justos sentimientos?

Si: la identidad de sucesos en la vida y en la muerte de ambos heroes, les ha merecido con justicia iguales muestras de gratitud y de pesar; y si el pueblo de Judá, viendo desaparecer su gobernador y sumo sacerdote, desahogó en lágrimas su sentimiento; es muy justo, que este gran pueblo, que la provincia entera, y aun todas las de la union, muestren su gratitud y su pesar, entregándose á un llanto, que si bien es la señal mas expresiva del dolor, es tambien la prueba mas inequívoca del verdadero merecimiento. Pero no: haced un parentesis á vuestros gemidos, suspended las lágrimas, mientras que sobreponiéndome, si puedo, al pesar que me enagena, os recuerdo, que D. Manuel Dorrego fué un hijo fiel á la patria, y un verdadero discípulo de Jesu Cristo: quiero decir; que el señor Dorrego desempeñó durante su vida los deberes de un ciudadano buen patriota, de un militar valiente, y de un gobernador virtuoso; y que en su muerte, nos legó los mas expresivos egemplos de patriotismo y religion: en una palabra; sus virtudes civiles y cristianas van á ser el asunto de su elogio, y el objeto de vuestra atencion.

Virtuosos compatriotas, sensibles extranjeros, ciudadanos todos, los que participais de mi dolor, ayudadme á tributar á su memoria este justo homenaje de gratitud y de pesar. Religion santa, yo espero de vos, para desempeñar mi difícil ministerio, aquella fortaleza, con que nuestro heroe se hizo admirar en el terrible trance de la muerte; sin ella confieso, que no podré mirar con semblante sereno las tristes imágenes que me rodean. Disculpádmeme, pues, señores, si al justificar vuestra tristeza, yo me separo de los preceptos del arte; porque no son los instantes del dolor los mas oportunos para expresar con método los sentimientos del corazon, y disponeos á oír, no ya los agradables transportes de un orador elocuente, sino los tristes desaogos de una alma transpasada de afliccion. Yo no quisiera renovar vuestras heridas, pero, sí es preciso de-cubrir las, para que caiga sobre ellas el bálsamo consolador de nuestra santa religion. Pidamos al Cielo conformidad, y escuchadme.

PRIMERA PARTE.

Cuando emprendo el elogio fúnebre de un Heroe Republicano, no espereis de mi, señores, que yo me empeñe en registrar los archivos, ni en sacudir el polvo de envejecidos pergaminos, para buscar entre sus ascendientes los méritos, que sus virtudes no le hayan dado. Que se emplee enhorabuena el vil adulador, en alabar á los hombres por la elevacion de su origen, mientras que el señor Dorrego, sin desmerecer nada por su nacimiento, tiene la gloria tanto mas sólida, cuanto mas difícil, de ser grande por sus propios méritos, mas que por los de sus mayores. Nació en esta ciudad el 11 de Junio de 1787, de una familia decente. Su educacion fué cual correspondia á su clase; colocado en el colegio de San Carlos, hizo admirar bien pronto aquel sublime talento, que lo preparaba para grandes cosas. Su aplicacion le mereció el aprecio de sus maestros, y sus progresos, la distincion entre todos sus contemporaneos. (1) Mientras que su alma buscaba con ansia la verdad, su corazon solo aspiraba á ser útil á sus semejantes: con esta idea, se dedicó al penoso estudio de la jurisprudencia, alimentando la esperanza de que algun dia podria servir de alivio á los infelices. Se dirige á Chile para perfeccionar su resolucion; pero permitidme que interrumpa por un instante la historia de sus adelantos, para daros una idea de los primeros rasgos de su corazon generoso. En los momentos de marchar, sabe que estaba amagada la vida de un amigo, perseguido por opiniones políticas, por el ominoso poder de los tiranos, y sin detenerse, á vista de los grandes peligros que le amenazaban, vuela á socorrerlo: lo encuentra abatido, y casi abandonado á la suerte de sus infortunios; lo reanima, y comprometiéndolo su propia existencia, lo salva: (2) ¡O, alma generosa, apenas te dejas ver entre los hombres, y ya te haces digna de su gratitud y sus elogios! El concluye su empresa con felicidad, y sigue para su destino.

Llega á Chile, y no tarda en hacer admirar sus aptitudes, principalmente al amanecer aquel dia venturoso, en que el Supremo Genio del Bien colocó ante los americanos el sagrado altar de la patria, para que pronunciasemos sobre sus aras el solemne juramento de nuestra independenciam. Buenos Aires el primero levanta su voz soberana, rompe las cadenas de su esclavitud, y enarbola el magestuoso estandarte de la libertad. Los pueblos hermanos lo ven, se postran, y lo adoran. El gran Chile no podia quedar fuera de tan interesante escena: él se apresura á ocupar el alto destino que la naturaleza le señala, y el ciudadano Dorrego, sin trepidar á vista de los inmensos peligros, que amenazan á un jóven extranjero; sin mas recursos que sus talentos, sus virtudes, y su patriotismo, se propone nada menos que destronar en aquella

opulenta capital, el tremendo poder monárquico que la oprimia. La empresa es ardua por cierto, pero, ¿qué puede resistirse á tu génio? El tuvo la gloria de abrir por sus propias manos el primer sepulcro, en que iban á olvidarse para siempre los derechos de un conquistador, y contribuyó de un modo tan enérgico á la instalacion del primer gobierno patrio, que este no pudo menos que premiar sus distinguidos servicios con una medalla singular, cuyo mote es, "CHILE A SU PRIMER DEFENSOR." ¡O Buenos Aires, tan célebre por tus virtudes, como por tus desgracias; con qué noble orgullo recordarás á las generaciones venideras el nombre de un hijo, que en todas partes ha sido una de las mas fuertes columnas de la libertad americana!

Desde entonces abandona á su pesar el estudio de las leyes, por dedicarse todo entero á la Patria, que reclamaba prontos y enérgicos servicios de sus hijos. Recibe con entusiasmo la importante comision de hacer reclutas, y en poco tiempo reúne cerca de quinientos, sin mas recursos que la justicia de la causa que proclama, y el crédito que le ganan sus virtudes. Traslada una comision de estos á Mendoza, casi á costa de su escaso patrimonio, y vuelve á Chile conducido seguramente sobre las alas del numen tutelar de aquel ameno territorio. Llega la víspera que una espantosa rebellion de los soldados del rey contra el gobierno de la Patria, que habian jurado, intentaba demoler hasta los cimientos el templo augusto de la libertad. Ya estaba todo preparado, los enemigos egecutaban sus planes, ya ocupaban la plaza principal de Santiago, el mal parecia sin remedio, y los patriotas preparaban su garganta á nuevas cadenas, ó á una muerte ignominiosa, cuando se presenta el ciudadano Dorrego, y á su vista se dissipa la tormenta tan pronto como el humo al soplo de una recia ventolina.

Unos pocos soldados nuevos, y sin disciplina, son los únicos recursos que cuenta para hacer frente á veteranos decididos, y acostumbrados á transferir; pero no importa; su valor, y sus acertadas disposiciones equivalen á un ejército. El los acomete, los carga, los vence, y los disipa, y para colmo de su bizarría, tuvo la gloria de presentar ante el pabellon de la Patria, treinta y tres enemigos vencidos, sin mas armas que su persuasion,

¿Pero adonde voy? ¿Intento yo acaso seguir el rápido vuelo de esta quila, que parece multiplicarse para ser útil, y hacerse admirar en todas partes? ¡Ha, seria tan temerario este empeño, como el de querer detallar el valor, la actividad, la constancia, el desinterez, la generosidad, y demas virtudes, que dejando admirados y agradecidos los hijos del gran Santiago, regresó á su amada Patria, donde le esperaba un campo mas vasto para desplegar sus nobles sentimientos!

En efecto, llega á esta ciudad á mediados del año 11, y su fama, mas que los mejores perfumes que le habia precedido, le proporciona un

lugar de preferencia en cada uno de los cuerpos de la guarnicion. Mas el jóven Dorrego, animado de aquellos nobles estímulos, que desconocen los espíritus débiles, nacidos para vegetar en la inaccion, pero que no pueden resistir las almas grandes, se niega constantemente á un servicio, tan pasivo como contrario á su caracter: él solo se tranquiliza, cuando el gobierno y sus gefes lo colocan en la gloriosa posicion, de fertilizar con su sangre el campo ameno de la Patria, y destinado al ejército del Perú, consigue por sus ruegos las comisiones mas peligrosas.

Ya se presenta este nuevo Pómpeyo en el teatro del honor, y ya desmaya mi expresion, al querer tocar la línea que demarcan sus importantes servicios; porque, ¿ como podré yo, en el escaso tiempo que me permite la pruden-
cia, detallaros todas sus gloriosas acciones, y todas las virtudes que las caracterizaron? Siempre activo y vigilante, jamás descansa, sino cuando sus enemigos se rinden ó se alejan. Siempre valiente.... ¡Ha! yo quisiera ser en este momento un Ciceron, para haceros una exacta pintura de aquel valor intrépido sin temeridad, industrioso sin pequenezes, y activo sin precipitacion, con que el señor Dorrego inmortalizó su nombre. En medio de una sangrienta batalla, entre el horroroso estruendo de las armas, penetrado de los tristes gemidos del que muere, rodeado del furor de los que pelean, y al frente de la multitud, que solo piensa en dar ó evitar la muerte, él busca con tranquilidad el camino mas corto para conseguir un triunfo. Todo lo observa con semblante sereno, compara las fuerzas que se baten, cruza diestramente los planes de su enemigo; elige puestos ventajosos, avanza con presteza, se retira con precaucion; un peligro del momento no le sorprende; aprovecha todas sus ventajas, y paraliza las de sus contrarios, si alguna vez lo abandona la fortuna de la guerra.

Militares, que habeis tenido el honor de combatir á su lado, desmentidme, si no son exactas estas bellas disposiciones de su alma: decid, si mandando la reserva en Tucuman, no contribuyó de un modo muy singular á aquel glorioso triunfo, que afianzó hasta el dia la independenciam de nuestro estado. Decid, cuanto le debe la tan justamente celebrada victoria de Salta, que hará un eterno homenaje á nuestras armas, y al valor del Sr. Dorrego. Decid, cuanto hizo en Suipacha, por sostener el honor de nuestro pabellon; cuanto en Nazareno, donde se presentò herido de un brazo, y siéndolo nuevamente por una bala, que le pasó la garganta, se hacia conducir sobre los hombros de sus soldados, animándolos á morir antes que rendirse á los tiranos; decid, si en Barrios, y en Sonsona batiò á los enemigos de la Patria, les tomó prisioneros, armamento, municiones y bagages; decid, si en Pozo Verde, y en Llatasto, salvó las poblaciones del incendio y del saqueo, con que los enemigos hubieran hecho una horrorosa su retirada, si él no los hubiera perseguido tan de cerca: decid; per-

... Deteneos; que yo no he venido á daros ideas de carnicerías, y de sangre delante de este altar de paz, donde no se sacrifican toros y becerros, sino la víctima inocente de un Dios de misericordias. Callad, pues, como yo lo hago, mientras que sus cicatrices, y su sangre tantas veces derramada en los campos de batalla, publican sus virtudes con mas elocuencia que nuestra debil expresion. ¡ O si yo pudiera recordaros todas las campañas que terminó con honor, todas las batallas que sostuvo con bizarría, todas las victorias que ganó por su pericia! Pero antes quiero sepultar en el olvido una gran parte de sus glorias, que retocar la imagen funesta de nuestras desgracias. ¡ Ojalá que el velo con que hoy cubro muchos de sus importantes servicios, oculte para siempre á los enemigos que nos observan nuestros pasados extravios!

Entre tanto ved ahí la escala honorífica, por donde el Sr. Dorrego subió hasta el grado de coronel, en que permaneció 15 años hasta su muerte. ¡ Y qué, os admirais, que un gobierno pródigo algunas veces de honores, y de grados militares, no ofreciese un solo asenso á nuestro heroe en tantos años? Pues, no, admirad mas bien aquel pundonor y delicadeza, que le hizo resistir el grado de coronel mayor, con que el Exmo Señor D. Antonio Gonzalez Balcarce quiso descargar la Patria de la enorme deuda en que la habian puesto tantos, y tan distinguidos servicios; y que lo resistió solamente, porque no era el premio de un nuevo triunfo, de una nueva campaña, ó de una nueva herida recibida por la Patria. Admirad las instancias con que importunó á sus amigos, para que la honorable sala de representantes no le decretase el mismo grado, que se habia propuesto como una demostracion de gratitud por el acierto, constancia, y desinterez, con que habia dirigido los negocios del estado.

Si, generosos militares, que os consagrais á la Patria, el señor Dorrego os convida con sus virtuosos ejemplos, á no admitir, ni menos solicitar un grado en la milicia, que no sea ganado en el campo de batalla; imitadlo, pues, sin olvidar jamás aquella humanidad, con que puso mas de una vez, su pecho por escudo para salvar la vida de los enemigos vencidos, que la espada triunfante perdonaba con repugnancia en los momentos del furor; aquella filantropía con que llegó á desnudarse en el mismo campo de la muerte, para vestir á los que poco antes lo hubieran despedazado; (3) aquella generosidad, que supo sacrificar las consideraciones que le dispensaba un gobierno celoso, por salvar la vida de un ciudadano que habia sido, tal vez, el instrumento de sus mayores desgracias. (4) ¡ Ha! Si yo pudiera presentaros en contraste, su conducta y la de sus enemigos: si me fuese permitido haceros ver como usa de su poder un hombre generoso, aunque esté ofendido, y como lo convierte en escudo del ciudadano, que implora su proteccion, aunque sea su enemigo, y que al mismo tiempo volviéseis los ojos al modo, difícil de caracterizar, con que se trata la misma autoridad, no por ciudadanos ofendidos ó perjudicados,

sino por gefes militares, que por sus relaciones amistosas, y por su honor.... (5) Pero.... Yo callo, porque no trato de horrorizaros, y porque si con estos tristes recuerdos he de excitaros sentimientos de odio, preferiré al dulce placer de extenderme sobre las virtudes, con que el Sr. Dorrego honró la carrera militar, el de ocupar vuestra atencion con otros servicios, no menos útiles á la Patria que honoríficos á su persona.

Venid conmigo, ciudadanos, ante la representacion soberana, y vereis, ya sea en la tribuna de la honorable sala de representantes, ya sea en la del congreso general constituyente, el raro ejemplo de un militar tan diestro en el arte de persuadir, como en el de manejar la espada. La Patria, que tantas veces habia debido á su valor su independencia y tranquilidad doméstica, va á encontrar nuevos motivos de gratitud en su firmeza por sostener sus derechos. Ahora, sí, que se conoce el temple vigoroso de aquella alma, que no pudiera trastornar ni los alhagos, ni las amenazas del poder. (6) El señor Dorrego, despues de haber expuesto su vida, no teme comprometer su crédito y su fortuna, cuando es preciso resistir las combinaciones de un gobierno, que para cicatrizar las heridas internas del estado, se empeña en un remedio, que, aplicado inoportunamente y por la fuerza, vino á ser el corrosivo mas violento de las mas lisongeras esperanzas.

La política de un ministerio, que solo trata de eludir las leyes sin denegarlas, y que prepara la tumba á las mejores instituciones de la provincia, sin horrorizar las víctimas alhagadas con la esperanza de un porvenir venturoso, es mas difícil de resistir, que el furor amenazante de un enemigo, que con un puñal en la mano, no respira sino sangre, venganzas, y muerte. Contra ~~este~~ se arma y se prepara hasta el mas debil y pusilánime. ¿Pero cuantas veces se muestran cobardes delante del primero los guerreros mas intrépidos en los combates? El temor de pasar por un hombre terco é inflexible, suele arredrar al génio mas enérgico; pero á nuestro representante, nada le detiene cuando considera, que su silencio y condescendencia pueden ser tan funestos á la Patria, como la mayor perfidia. El descubre en los planes del gobierno aquel bosquejo de grandezas, tan imaginarias como la república de Platon; pero conociendo que este sueño, mas funesto que el del filósofo, va á costar á los pueblos, rios de su sangre, ó el sacrificio de sus mejores derechos, se pone de parte de estos: entonces descubre aquel espíritu vivo, penetrante, acrisolado, elevado, y sublime, con que triunfa, y con que admira en aquella asamblea respetable por sus luces: el convencimiento es, por lo comun, el resultado de sus enérgicos discursos, pronunciados sin mas adornos, que las gracias naturales y sencillas, pero nobles y elevadas, á que nada se resiste; cuantas veces se le oyó improvisar en las cuestiones mas delicadas de la política, con una abundancia de principios, con una exactitud de ideas, y en un lenguaje tan puro, que

parecia estar leyendo una oracion compuesta en el silencio de su estudio, y corregida con la mas detenida reflexion? Pero ya os considero impacientes, porque os hable de otro periodo de su vida mas interesante; el de su gobierno; y voy á satisfacer vuestros deseos; mas permitidme que ántes retoque el cuadro funesto de aquella época triste, en que el señor Dorrego tomó sobre sí el noble empeño de salvar una Patria, que sus enemigos conducian á las cadenas ó á la muerte.

¡Ha, todavía palpita mi corazon de horror, al recordar aquellos dias de amargura, en que el presidente del estado lo abandonó, confesando que nada podia hacer en su beneficio. Parecia que todos los elementos del mal se habian desencadenado, y el ojo observador no descubria en todo nuestro vasto continente, sino ruinas, enconos, disenciones y carnicerías! Los pueblos se devoraban recíprocamente, inflamados de aquella rabia destructora que cambia en béstias feroces hombres que habian nacido para amarse como hermanos. Una de nuestras mas pingües provincias, invadida por un vecino respetable, estaba en vísperas de anonadarse ó someterse á su yugo. (7) Nuestros soldados ceñidos de laureles, pero desnudos, pobres, descontentos, y casi desesperados al ver la ingratitude con que eran correspondidos los sacrificios de su sangre y de su vida, amenazaban una total disolucion. Nuestra escuadra apenas existía para hacer admirar el valor de nuestros intrépidos marinos. Nuestros fondos estaban agotados. Nuestro crédito sumamente comprometido: mil familias errantes mendigaban el pan de puerta en puerta, ó buscaban en otras provincias, el sosiego y seguridad de que en su propia Patria les privaba una leva injusta, cruel y destructora de sus pequeñas fortunas: nuestro medio circulante estaba envilecido; los valores del consumo excesivamente insoportables. La confianza mútua y la buena fé casi extinguidas; en una palabra, todas las pasiones sin freno, todos los males sin medida, todas las desgracias sin término, y todos los pueblos agitados de la mas espantosa anarquía, preparaban los últimos golpes á nuestra débil existencia.

En estas críticas circunstancias sube al gobierno supremo de la provincia el señor Dorrego, por el voto unánime de sus conciudadanos, y al momento todo cambia de semblante. Los pueblos, que hasta entonces no pensaban sino en despedazarse, deponen su furor; y como si un misterioso encanto ligase sus pasiones, arrojan las armas, renuevan sus antiguos pactos de amistad, y corren presurosos á depositar cada uno en nuestro nuevo gobernador la parte de su poder necesaria para salvar el honor de todos. ¿Os parece, señores, que estos solos servicios no bastarian para inmortalizar su nombre, y hacernos eternamente grata su memoria? El que conozca los males con que aflige á los pueblos la guerra civil; él que haya visto de cerca el cuadro espantoso de nuestras pasadas desgracias, sabrá apreciar debidamente al heroe cuya sola presencia pudo terminarlas.

Pero esto es poco; él hizo mucho mas: él hizo tanto, que solo la historia podrá transmitirlo á las generaciones venideras. Yo, apenas podré recordaros, que en poco tiempo aumentó considerablemente el ejército de operaciones; que lo socorrió con armas, municiones, vestuarios, y dinero: que protegió los esfuerzos de otro ejército, formado al norte, cuya importancia no me es dado detallar; que elevó la marina á un grado de respetabilidad, que jamás habia tenido; que extendió casi otro tanto, los límites de nuestra antigua frontera; y que para todo esto, no solo no impuso una contribucion, ni aumentó los derechos, ni echó mano de esos otros medios, que siempre parecen fáciles cuando no se considera al pobre pueblo que los sufre, sino que disminuyó considerablemente los gastos ordinarios de la provincia. ¡Ha! ¡Cuanto vale un crédito público bien sostenido, y una conducta franca de parte del gobierno en la administracion de las rentas! ¿Qué mas hubiera hecho un genio en menos de un año, al frente de un pueblo empobrecido y dilacerado? Sin duda, que estos servicios honrarán siempre al señor Dorrego, pero él no está satisfecho con ellos. La paz exterior del estado es el grande interes que dia y noche agita su corazon. El deseaba terminar la guerra con el emperador del Brasil, pero terminarla de un modo honorífico á la República: para conseguirlo, reúne todos los elementos que pudieran ser necesarios para un triunfo, si se llegaba á un combate, y envia cerca de aquel soberano una diputacion de ciudadanos prudentes, políticos, virtuosos, y diestros en el manejo de los gabinetes: les dá sus instrucciones, y ántes de tres meses tuvo la satisfaccion imponderable de ver terminada la guerra, reconciliados el Imperio y la República, restablecidas sus relaciones de amistad y de comercio, y erigido en estado independiente el Pueblo Oriental, que tanto lo merece por la constancia y sacrificios con que ha peleado por su libertad.

Desde entonces aumenta nuevos grados nuestro crédito exterior, y la importancia de este gran pueblo, y de la República entera. Nuestros males interiores disminuyen, crece el valor de nuestro medio circulante; el pobre respira contento, viéndose libre del enorme peso de la indigencia, que lo tenia encorbado: el artesano, vuelve con gusto á su taller; la industria se reanima; la agricultura cuenta con nuevos brazos; nuestras fronteras van á hacerse impenetrables á las depredaciones de los salvages; y estos mismos, ó habrán de formar una parte de nuestra poblacion, ó habrán de buscar en las mas ocultas cuevas de los cerros la impunidad de sus excesos. Pero ¿para qué me canso? Vosotros conoceis mejor que yo puedo explicar, todas las ventajas de una paz que las generaciones venideras recordarán con admiracion, y que la nuestra jamas apreciará debidamente.

Yo habria concluido aqui el elogio de su vida laboriosa, si otras virtudes, que formaban su carácter, no me reclamasen un ligero retoque. El fué inflexible en la ejecucion de las leyes: si se trata de castigar el crimen, no hay

amigo, no hay pariente, no hay persona por respetable que sea, que pueda separarlo de este triste deber de la autoridad. La justicia siempre triunfa, aunque la sensibilidad se resienta: si puede hacer alguna gracia, sus enemigos personales están mas seguros de conseguirla, que sus mas íntimos relacionados; su alma hace mas alarde de generosa que de condescendiente con la amistad; jamás pensó que la espada de un militar, que el influjo en la política, y aun el mismo gobierno, fuesen medios decentes para enriquecerse. Su desinteres fué incuestionable en todas partes: lejos de mejorar su fortuna, abandonó todo el producto de su industria, por atender esclusivamente á los intereses del estado, llegando á morir tan pobre, que solo dejó á su familia por legado, su honorable memoria, y la gratitud del generoso pueblo de Buenos Aires. Pero aun existe una prueba de esta noble virtud, que yo no puedo pasar en silencio: cuando regresó de su campaña el ejército nacional, ya tenia el señor Dorrego en su poder los fondos públicos, con que la provincia le habia mostrado su gratitud por sus servicios, y que él no habia devuelto por consideraciones á sus amigos, y sin desconocer el peligro á que exponia la única esperanza y patrimonio de sus hijos, los mandó vender para auxiliar á los mismos cuyas sangrientas intenciones le eran demasiado conocidas. ¡O desinteres! ¡O generosidad sin semejante! El fué celoso en defender los derechos del altar, pero sin fanatismo; tolerante sin indiferencia, y piadoso sin preocupacion. Persuadido que los hombres se resisten generalmente por orgullo, á lo que por orgullo se les pide, jamás se propusó hacer valer su elevado rango por la ostentacion de la autoridad, sino por sus virtudes; si su carácter vivo y fuerte intentó alguna vez precipitarlo en aquel furor, que al grande Alejandro convirtió en asesino de su mayor amigo, él supó siempre dominarse, consiguiendo por su afabilidad, dulzura y buenos modos, hacerse de amigos muy respetables y muy útiles para el país, cuyas interesantes aptitudes habia paralizado una ridícula arrogancia. (8) Si quiero descorrer el velo que cubria su caritativo corazon, conozco que no soy el interprete mas aparente de esta virtuosa calidad, con que siempre estaba dispuesto á socorrer las miserias ajenas apesar de sus escaseses. Los monasterios de esta ciudad, el convento de San Francisco, sus amigos pobres, y sus mismos enemigos personales, para quienes nada reservó, podrán llenar este deber de su gratitud, mientras yo concluyo diciendo, que respetó tanto las instituciones de la provincia, que á pesar de las instancias de los amantes del orden y de los grandes peligros que amenazaban á su vida, jamas quiso adoptar una medida que pudiese hacer ilusorias las leyes protectoras de la seguridad individual. El sabia cuan fácil es á la autoridad deshacerse ó vengarse de sus enenigos personales á pretesto del bien público: por eso.... Pero yo callaré algunas verdades, por la consideracion que os debo, y porque me parece haber dicho lo bastante para probar, que el

señor Dorrego fué un ciudadano buen patriota, un militar valiente, y un gobernador virtuoso. Ahora voy á hacerlos ver que en su muerte nos dejó los mas tiernos ejemplos de patriotismo y religion, que es mi

SEGUNDA PARTE.

No se puede ser virtuoso sin ser justo; ni merecer este sagrado renombre sin respetar las leyes: la justicia es la que al poderoso obliga á conocer que él depende de la ley, como el humilde; y la que al rico recuerda sin cesar, que en su presencia él no vale mas que el miserable; pero luego que su imperiosa voz deja de oírse, la tiranía se levanta, con sus cien brazos fabrica otras tantas cadenas que oprimen al ciudadano, y só pretexto de la pública tranquilidad, sacrifica las mas respetables garantías. ¡O patria, hasta cuando será tu dulce nombre el escudo de los tiranos, y tus sagrados intereses los despojos de su ambicion!

El señor gobernador Dorrego tuvo la rectitud de corazon bastante para sacrificarse por sostener y respetar las leyes que se le habian confiado; pero en su mismo sacrificio nos legó el triste desengaño, que ellas son unas veces la salvaguardia de crímenes atroces, y otras preparan el patíbulo á la virtud y á la inocencia misma. Si él hubiese escuchado los clamores del hombre pacífico, y los consejos de su propia conciencia, habria desarmado en tiempo el brazo que preparaba el golpe funesto á la Patria y á su vida. Él pudo hacerlo, señores. ¿Pero como habria justificado una resolucion del poder contra personas respetables y beneméritas, sin que su crimen resultase comprobado? ¿Y como podria evidenciarse un atentado concebido entre los tenebrosos arcanos de una conspiracion? ¡Ha! Entonces, sí, que habrian sudado las prensas con toda la libertad justa, que en aquella feliz época tubieron para acusar ante la nacion al violador de sus leyes; (9) entonces, sí, que se habria derramado la tinta mas obscura sobre las glorias de aquel heroe, que ya no podia soportar la envidia.

Al señor Dorrego se tendian redes para perderlo; se le hacian amagos por una mano oculta para precipitarlo, y no le quedaba mas recurso que sufrir el golpe ó perder la inestimable prenda de su buena fama. El lo sabia; y al acercarse aquel dia fatal, que el pueblo entero miraba con sobresalto, y que él solo esperó con serenidad, no se le vió otra preparacion, que la noble conformidad con que se ofrecia en holocausto por las instituciones que se le habian confiado. Yo no descubro, señores, en este hombre extraordinario, un pensamiento, un deseo, una resolucion que no esté marcada de mil virtudes civiles y cristianas. La tormenta que asomaba por el oriente, y que tenia tal vez su origen en nuestro mismo zenit, ya estaba sobre su cabeza; el rayo que habia de derribarla ya se habia desprendido de la nube; él lo mira, y lo espera sin

zozobra; él sabia, porque era público, que los gefes del ejército de operaciones, inflamados de un furor que algun soplo escondido atizaba diestramente, estaban resueltos á arrojarlo de un destino, que el voto general de sus conciudadanos le habia señalado, y lejos de evitar sus tiros, ó parar sus golpes, los hace venir sin tomar una medida que, indicando sus justos temores, resintiese una hipócrita delicadeza. En efecto, llega la primera division del ejército, y el señor gobernador la recibe con las mayores muestras de alegria: obsequia á sus gefes; les concede en amistad cuanto le piden, (10) manda ajustar, y pagar toda la fuerza inmediatamente. Les prepara una demostracion pública de la gratitud de este gran pueblo; (11) y el dia que estaba señalado para festejar á los defensores de nuestro honor é independencia nacional, es el mismo que, arrojando estos bravos un borron eterno sobre su brillante historia, se vió egecutado el crimen mas grande, el mas alevoso, el mas funesto á la Patria y á los hombres—una conspiracion militar. Desde entonces, rotas las cadenas que obligan al feroz soldado á ser el sosten del orden y de la autoridad, ya no se vieron sino las consecuencias naturales de aquel primer escándalo. El mal de la cabeza se comunicó á todo el cuerpo; la insubordinacion del gefe fue repetida hasta por el último soldado, y la pobre Patria, y cada ciudadano vino á ser la víctima de su desenfreno.

Considerando entonces el señor Dorrego, que por una parte el mal era inevitable en aquellos momentos desgraciados, sin exponer la sangre preciosa de ciudadanos, cuya vida es un tesoro que no se debe prodigar; y esperando por otra, que el tiempo desengañaria á muchos incautos, que ni sabian donde eran conducidos, ni se empeñarian en sostener un atentado, luego que las pasiones hubiesen cedido el puesto á la razon, determinó retirarse á la campaña. Los derechos de la autoridad reclamaban una honrosa resistencia, á la que habria contribuido con las armas en la mano, la mayor parte de la poblacion; pero en tal caso, Buenos Aires habria sido un vasto cementerio de sus mejores habitantes. El señor Dorrego lo previó, y á sus virtudes, á su prudencia, humanidad y patriotismo, debemos hoy los restos de nuestro honor.

Se fué pues solo, y no llevó consigo los caudales del estado, de que podia disponer como gobernador, porque no consideró necesarios para sostener su autoridad esos miserables estímulos del ambicioso y del mercenario; le bastaba su justicia, y el honor de este gran pueblo, que jamás se ha dejado ultrajar impunemente. El sabia, que á pesar de las desgracias que afligian á la Patria, no faltaban heroes que enjugarian sus lágrimas. Él esperaba encontrar en la campaña un gefe virtuoso y valiente, que el Cielo conserva, como la columna mas fuerte de nuestro político edificio: un gefe, que en el año 20 contuvo los exesos de la anarquia, restableciendo la autoridad que ilegalmente habia sido depuesta, y que indudablemente volveria á descólgar su espada para romper las cadenas que un tirano imponia á nuestra libertad, y restablecer las institu-

ciones, que un atrevido habia atropellado. (12) En efecto, invoca sus auxilios, y al momento están á su disposicion su poder, su influjo y todos sus recursos: su primer medida fué, convocar á todos los vecinos de la campaña, para que reunidos á la autoridad, que en la parte que ellos solos habian dado, ellos solos podian quitar, tubiesen los facciosos este nuevo desengaño de su temeridad. Un número considerable de paisanos estaba ya á las órdenes del señor Dorrego, cuando se presentó la primera division de caballeria nacional, capitaneada por el coronel mayor D. Juan Lavalle, y pocos instantes despues, el campo de Navarro ya no era sino un teatro de horrores y de carniceria. Los ciudadanos dispersos á lanzas, cubrieron el suelo con sus cadáveres, y lo regaron con arroyos de sangre, que corrian de sus fieles é inocentes pechos.

¡Ha! Mi corazon se yela de espanto al ver las lanzas de nuestros soldados humeando aun en la sangre de sus amigos, de sus compatriotas, de sus padres y de sus hermanos; y que, sedientas de mas vidas, corren en pos de las pocas víctimas que escaparon de su furor. Ya llega al anciano padre la triste nueva, que acaba de espirar el hijo que era la única esperanza de su vejez: ya la esposa amante, que ayer gozaba las delicias de su consorte, hoy llora su pérdida irreparable: ya el tierno niño en vano llama, y espera á su amoroso padre, porque no existe. ¿Y vosotros, valientes militares, que tantas glorias habeis dado á la Patria, sois los autores de estas lágrimas y de este luto? ¿Qué mal os habian hecho esos inermes pobladores de la campaña? ¿Cuales son los laureles, con que vais á ceñir vuestras sienes, venciendo á ciudadanos pacíficos y desarmados, que no han hecho mas que obedecer el gobierno que reconocen? Sin duda, que este no será el triunfo de que os gloriareis en la avanzada edad, y que al referir á vuestros hijos las hazañas de la vida, les ocultareis este horroroso atentado. Si, lo fué sin duda muy grande, sublevarse contra el gobierno de la provincia el dia primero de Diciembre; pero es mucho mayor y mas atroz, acometer y asesinar vecinos indefensos, solo porque respetan la autoridad.

Viendo entonces el señor Dorrego atropellados todos los respetos del pueblo soberano, conoció que contra una fuerza amotinada, no queda mas recurso que otra fuerza decidida, valiente y fiel: corre á buscarla, porque sabe, que una vez disimulada la usurpacion, atropelladas las leyes con impunidad, y trastornadas las formas legales por capricho, no hay estado, no hay libertad, no hay Patria; porque nada queda donde no hay gobierno. El no quizó tomar un asilo en las provincias amigas, por no faltar al solemne juramento de sostener á costa de su vida, las instituciones que se le habian confiado, y se dirige al canton del norte; y aunque no faltaron amigos que le inspirasen justos motivos de desconfianza, su corazon generoso desechó temores incompatibles con la buena fé, y se presentó á sus gefes.

¿Qué habia de suceder? Una insubordinacion prepara otra: un crimen

conduce á otro crimen; y despues que el general dió la señal de indisciplina el primero de Diciembre, no podia esperarse otra cosa de los subalternos el 9 del mismo. En efecto, el coronel del regimiento que, fiel á sus deberes y á su honor, respetó la autoridad, fué desobedecido, y arrestado por sus mismos oficiales; y el infortunado gobernador de la provincia quedó preso, no por una emboscada que lo hubiese sorprendido, ni por una fuerza vencedora que lo fuese persiguiendo, sino por sus mismos amigos, de cuya fidelidad y nobles sentimientos él no quizó desconfiar. (13) Yo no necesito recurrir á los artificios de la elocuencia, para manifestar todo el horror de semejante conducta; sin duda que esta prision humillará para siempre á sus autores, y mucho mas sus funestas consecuencias.

¡Há! ¿Si al menos se hubiesen contentado con despojarlo de su elevado rango, con estrecharlo en la mas obscura prision, con privarlo de todo su influjo y poder! ¿Si hubieran siquiera comprometido su honor y valimiento para no aparecer manchados con la sangre de aquel ilustre prisionero! En este caso, no seria ménos horrible su memoria, porque el gefe de la insurreccion no habria podido resistirse á las suplicas de aquellos, sin cuya cooperacion nada valia. Pero qué! las pasiones se habian desatado, y el gobernador de la noble, generosa y valiente provincia de Buenos Aires, es conducido preso! ¿Mas, adonde, señores? ¿Lo será á esta capital, donde residen las únicas autoridades que pueden decidir del crimen, y sugetarlo á las leyes! ¿Faltarán á sus jueces integridad para juzgar, y á los ciudadanos firmeza, para ver descargar la espada de la justicia sobre una cabeza delincuente? No, por cierto: bastantes pruebas hemos dado todos, que cuando la ley se pronuncia, la humanidad siempre calla; pero los enemigos del señor Dorrego sabian que Buenos Aires no sufriria el sacrificio de una víctima inocente; por eso lo ejecutaron sin su conocimiento. Si él lo hubiera sospechado, no habria llevado á tanto extremo su sufrimiento: cada ciudadano, cada matrona argentina, hubiera presentado su pecho para conservar una vida que tenia tantos derechos á su gratitud.

Buenos Aires ignoraba absolutamente la suerte que se preparaba en Navarro á su gobernador: si la hubiese presentido, se habría despoblado tras de él para salvar su preciosa vida, ó sepultarse en su propia tumba: jamás creyó, que hubiese americanos tan feroces, que atentasen contra una existencia que formaba sus delicias: con todo, un rumor incierto la sobre-alta; cada ciudadano pregunta, asustado, cual será la suerte de su gobernador; y aunque todos ven una formeata que impone, pocos temen sus funestos resultados. El interes que generalmente se muestra por esta vida inestimable, parece que debia bastar para contener á sus perseguidores. La respetable mediacion de los señores ministros extranjeros: las intachables garantías que ofrecian por la vida del señor Dorrego: (14) sus méritos singulares que no le pueden negar sus enemigos, á pesar de todos los esfuerzos de la maledicencia; sus importa-

tes servicios á la Patria; sus cicatrices y su sangre, tantas veces derrama la en su defensa; la paz, y grandes bienes, que en su tiempo, y por su influjo, empezó á gozar este gran pueblo; el respeto y consideracion á las demas provincias, cuyo poder egercia; la justicia, la humanidad, la política, en fin; cuanto pueden sugerir la razon y la conveniencia, todo se interesaba por su conservacion: pero ¡ó gran Dios, qué terribles son tus altos juicios!

El señor Dorrego es dirigido á Navarro, y desde entonces su alma vive y penetrante, libre aunque tarde de las sombras del candor, presagia su muerte. Luego que conoció que se le conducia á la presencia del gefe de la insubordinacion, no dudó que sus enemigos no encontraban límites á su furor; pero lejos de aterrarle una muerte inesperada y violenta, que venia á sorprenderlo en la primavera de su vida; cuando debia esperar muchos dias de gloria y de prosperidad; lejos de ocuparse del cruel sacrificio que iban á sufrir dos corazones que se amaban tiernamente; antes de fijarse en la herfandad que amenazaba á sus tiernas hijitas; su primer pensamiento se dirige á Dios, en cuya misericordia espera, y á su Patria, cuyo honor y tranquilidad ocupan sus últimos momentos.

“No hai remedio,” le dice á su querido hermano que estaba con él; “mis enemigos van á sacrificarme: estos ciegos ministros de Teutates piden á gritos mi sangre, y ella correrá muy pronto; pero no siento tanto mi muerte, como el descrédito y los males que amenazan á nuestra amada Patria. ¿Qué dirá el emperador del Brasil, cuando sepa que ha sido fusilado como un criminal, el gefe supremo de un estado, con quien acaba de restablecer las mejores relaciones de amistad y de comercio, firmando una paz que tanto me honra, aunque me cuesta la vida? ¿Qué dirán los señores ministros extrangeros, que no han dispensado sus afectuosas consideraciones, cuando vean que las leyes del país no protegen á un gobernador, que por respetarlas vá á ser sacrificado? ¿Qué concepto formarán las naciones del carácter de este gran pueblo, cuando puedan sospecharlo cómplice en el horrible asesinato que vá á egercutarse en su gefe supremo; que no ha sido ciertamente un Neron, un Roboan, ni un Deoclesiano?”

“¡Ha! Si yo pudiera morir sin que se resienta el crédito de la República, y especialmente de este gran pueblo, al que debo mi existencia! ¡Si yo supiera que el borron con que van mis asesinos á manchar la historia, habia de caer solamente sobre su execrable conducta, al menos este consuelo me haria descansar en el sepulcro; pero en tí confío, querido hermano: tu queda, y tu voz no espirará tan prontamente como la mia: mientras existas, haz cuanto puedas, para que no se fije este tizne sobre la reputacion de nuestra amada Patria. Escribe á los señores ministros extrangeros, que me han favorecido con su amistad, que mi muerte no es la obra de un pueblo justo y humano; que es

sus convulsiones políticas, jamás ha penetrado el santuario de las leyes. Que se penetren de esta verdad, y la transmitan á sus gobiernos soberanos, para que la nacion argentina no pierda un grado del gran concepto que la justicia le tributa.”

Ocupado de estos nobles sentimientos, llega á Navarro el 13 de Diciembre, y en el mismo dia se le intima, que dentro de una hora debia morir por orden del general Lavalle. ¿Qué es esto, señores? ¿Donde estamos? ¿El gobernador, que la Provincia de Buenos Aires ha escogido por su soberana voluntad, para que presida á sus destinos; el gefe supremo de la nacion, á quien las provincias han encargado su defensa: el pacificador interior y exterior de la república, ha de sufrir dentro de una hora una muerte ignominiosa? ¿Y por qué? ¿Cuales son sus delitos? ¿Por qué leyes se le juzga? ¿Qué autoridades lo condenan? ¿Ha de morir sin hacersele un cargo, solo porque lo ordena un gefe militar? Si es un reo, ¿por qué no se salvan las formas? Si no lo es, ¿por qué ese empeño que en el morir lo parezca? ¿No habria sido menos escandaloso, que una mano parricida hubiese terminado su gloriosa carrera entre las tinieblas, que con su negro manto cubren los mas horrendos crímenes? Pero no; el dolor me enagena: el Cielo justo y piadoso no quizó que las virtudes del gran Dorrego quedasen sepultadas en la noche del olvido; ni que su alma, en que mostraba tener sus complacencias, peligrase para siempre en algun momento desgraciado. A aquel Señor que todo lo ordena, segun sus incomprehensibles designios, le proporciona por una parte un sacerdote, que lo salve del naufragio de la inocencia en la tabla del arrepentimiento; (15) y por otra, le presenta la ocasion, y le dá la fortaleza necesaria para elevarse sobre sus infortunios, sobre sus enemigos, y aun sobre sí mismo, manifestando tanta grandeza y virtudes, que la posteridad jamás admirará bastantemente, y que para sus perseguidores serán otras tantas sombras, que como espectros horribles turbarán su reposo en todos los momentos de la vida.

Si, á las puertas de la muerte, donde todos los hombres se descubren como son en sí; el señor Dorrego es siempre el mismo. ¿Cuántos hai que en la vida se presentan como heroes, y que á la luz de esta antorcha desengañadora se descubren como monstruos? Nada mas engañoso, que un hombre mientras vive. Todo su brillo suele ser falso; su sabiduria un fantasma, su valor un temerario arrebató de vanidad ó de venganza; su liberalidad un sentimiento secreto de orgullo ó de amor propio; pero delante de la tumba desaparecen las ficciones, el velo del hipocrita se rasga, y no quedan sino los vicios ó las virtudes verdaderas. Ved ahí, señores, llegada la hora en que hasta los enemigos del señor Dorrego no han podido dejar de admirar su alma grande y generosa.

¡O fatal hora, si al menos tus segundos se hubiesen retardado siglos, para que la naturaleza no sufriese el horror de ver tu término! Pero los ins-

tantes vuelan, y es preciso aprovecharlos. El primer sentimiento de la noble víctima, fue el respeto de las leyes que habia jurado sostener. El las invoca, porque espere que puedan darle algun alivio en la debilidad y abatimiento en que se hallan, sino para manifestar, que hasta en los últimos momentos son el idolo de su corazon: en seguida, reprocha al enemigo de su vida toda la estension de su atentado, recordándole con dignidad sus respetables títulos, que bastarian para desarmar un brazo menos furioso y atrevido, y volviendo inmediatamente sus ojos al padre de las misericordias, adora sus decretos, se somete á su soberana voluntad, implora sus auxilios, y le demanda la gracia de una buena muerte. ¡Gran Dios, cuantos ejemplos de virtudes civiles y cristianas se descubren dentro de aquel carro, que puede llamarse propiamente el de su triunfo! La conformidad, la penitencia, la piedad, la fé, la esperanza y la caridad, se disputan la preferencia en los cortos momentos de su vida, con el amor conjugal, con el mas puro patriotismo, con la ternura paternal, con la mas sincera amistad, y con todos los sentimientos de un buen ciudadano.

¡O prodigio extraordinario! Ved ahí un hombre, á quien lejos de abatir la muerte, exalta mas. Ese escollo fatal, donde viene á estrellarse cuanto el mundo contiene de respetable, es el teatro donde el señor Dorrego interesa mas la admiracion. La muerte, que marchita todas las flores, le teje por sus propias manos una guirnalda mucho mas hermosa que cuantas pudieron presentarle sus mas brillantes victorias. El ha empezado á ser mas grande, donde los demas dejan de serlo; ha triunfado donde todos son vencidos; se ha hecho de nuevos amigos y admiradores, donde los demas los pierden; y despues de haber dado á la Patria el magnífico espectáculo de su vida, vá á presentarnos en su muerte otro mas maravilloso.

Si, en una hora, y hora que por momentos le muestra el sepulcro, el pide á Dios misericordia por sus debilidades; repite una y mil veces la protesta de su fé cristiana; escribe al señor gobernador de Santa Fé, suplicándole que perdone el agravio hecho en su persona á su autoridad, y que interponga su mediacion á este objeto con las demas provincias: (16) escribe á sus amigos, interesándose para que no traten de vengar su muerte: escribe á su cara esposa, recomendándole la educacion de sus hijas, el perdon de sus enemigos, y deseándole dias de prosperidad, que ya no podrá gozar al lado de un esposo, que los tiranos arrancan de entre sus brazos: escribe á sus hijitas, encargándoles que sean virtuosas, y respeten siempre la religion católica, que en aquel momento es su única esperanza y su consuelo: escribe á su sobrino, recomendándole su familia; hace un testamento prolijo: dona á la Patria, una tercera parte de los fondos, con que ella misma habia premiado sus servicios: acredita su confianza en la buena fé de sus amigos en materia de intereses: hace presentes.... ¿Pero cuales? ¡Ha, todo lo que tiene el señor Dorrego al morir vale muy poco, pero en la estimacion de quien lo recibe, no tiene precio! Algunas

prendas de su ropa, que entrega á un amigo, (17) es toda la fineza que puede hacer á su familia. Triste viuda, desgraciadas huérfanas; ¿qué recuerdos tan buenos se os preparan en esa dativa del corazon? Ella os presentará en todos los momentos de la vida al heroe, cuyas virtudes debeis imitar. Entre tanto, baja de su carro, y se dirige al lugar de su suplicio con los pies tan firmes como su corazon. Llega, y postrado delante del ministro de un Dios piadoso, recibe su última absolucion; en seguida, pide al oficial egecutor de su muerte un abrazo, y le recomienda que en su nombre transmita esta señal de su cariño y conformidad evangélica á todos sus compañeros de armas. Dispensadme, señores, que no me detenga en reflexiones que no puedo sostener. Almas sencibles, vosotras conoceréis por vuestro estado, cual será el de mi afligido corazon. Si, no me avergüenzo de confesarlo, ni de mostrar mi amargura, cuando veo un pueblo entero penetrado de mis mismos sentimientos: desahogemos, pues, nuestro dolor, ahora que estamos solos, y no nos observan esos hombres feroces que pudieran burlarse de nuestras lágrimas. La hora se ha cumplido.... Dios Santo! ¿Qué miro? El cadaver del Exmo. señor D. Manuel Dorrego, humeando aun y palpitando, no respira venganzas, pero espere un silencioso pavor, que, corriendo de fila en fila, penetra hasta la posada del tirano. Por no ser testigo de la escena mas trágica que ha visto nuestra inocente provincia, el Sol se esconde en aquel mismo instante. (18) ¡O día fatal! Ojalá que jamás hubieses amanecido, y que una noche eterna ocultase al mundo este borron de nuestra historia: ¡ó mes de Diciembre! Tu deberias ser arrojado de nuestro calendario, ó llamarte el mes de los tiranos, como Mayo merece ser el mes de la Patria.

Ya no existe el señor Dorrego. ¿Y estarán satisfechos de sangre sus verdugos? ¡Ha! Ellos han fundado su gobierno sobre un cadavero, y procurarán conservarlo á la sombra del terror: pero será en vano, porque bien pronto se desengaños, que entre nosotros no pueden sostenerse los tiranos. Entre tanto, la nueva fatal llega á esta ciudad, y se estiende como una nube oscura, que, cubriendo el sol, envuelve á todos los vivientes entre sus mortales sombras. Cada ciudadano cree pronunciada su sentencia en la de Navarro, y tiembla al ver sobre su cabeza una espada desembainada. El magistrado abandona el templo de Astrea, donde ya es inútil su presencia. El comerciante suspende sus especulaciones: el artesano desampara asustado su taller: el labrador arroja, lleno de espanto, el arado que ya no abrirá surcos, sino por campos cubiertos de cadaveres y de sangre humana; y el pueblo todo corre al pie de los altares, á implorar piedad para sí, y misericordia para la ilustre víctima que acaba de perecer. En vano los satélites del terror se empeñan en derramar especies alarmantes el día de su religioso funeral, porque nada bastó á contener la multitud: todas las clases del estado corrieron al templo, y su

sentimiento y su piedad, su gratitud y su llanto, debieron desengañar á los tiranos, que Buenos Aires jamas aceptará sus sacrificios.

He concluido, señores, y me parece que os he demostrado que el señor Dorrego fuè un patriota fiel á sus deberes, un militar recomendable por su valor, un gobernador apreciable por sus servicios, y sobre todo un cristiano, que si no llegó á la cumbre de la perfeccion evangélica, al menos tuvo virtudes, que, valoradas por la sangre de un Dios crucificado, le habrán obtenido sus misericordias. Tambien habreis conocido la exactitud del paralelo de mi exordio: Jonatás y el señor Dorrego, despues de haber prestado muchos y muy importantes servicios á la Patria, fueron presos por una felonía; ambos asesinados por generales ambiciosos; los dos llorados por sus pueblos; conducidos los restos de uno y otro al lugar de su nacimiento, para ser sepultados por la diligencia de sus hermanos; y los dos honrados por las demostraciones mas públicas de gratitud y de pesár de sus compatriotas.

¿Qué resta, pues, ciudadanos? Ya están conseguidas nuestras justas aspiraciones, restablecidas nuestras autoridades; las leyes han recobrado su imperio: la paz ha vuelto á nuestros hogares; el crimen queda detestado, y la virtud triunfante. ¿Qué honor para esta provincia? ¿Qué consuelo para los hombres de bien, saber que aun existen entre nosotros ciudadanos virtuosos, que, sobreponiéndose á las circunstancias y á las pasiones, han dispuesto esta lugubre ceremonia, con que quedan satisfechos los derechos de la justicia, de la piedad, y de la gratitud. ¿Como han de faltar heroes, donde así se premia las virtudes? ¿Qué mas podemos apetecer? Conservemos, pues, estos frutos preciosos de la sangre de nuestros amigos y compatriotas; (19) seamos eternamente agradecidos á la heroica constancia y sacrificios de nuestros beneméritos general de campaña, hoy digno gobernador de la provincia, gefes, oficiales, paisanos y soldados. No nos mantengamos indecisos ni un momento, si otra vez vuelven á ser invadidos los derechos de la Patria. Es preciso estar siempre vigilantes y dispuestos á morir antes que verlos nuevamente atropellados; y si nos faltan virtudes, en el sepulcro de este heroe las encontraremos: si, volvéis siempre los ojos á este triste objeto de nuestro dolor, para no olvidar que él recomendó tanto al morir como el perdon de sus enemigos; sea este, pues, el mejor homenaje que tributemos á su memoria. Juremos sobre los restos preciosos de ese patriota virtuoso, no recordar nuestras pasadas desgracias, no para evitar su repetición, olvidar nuestros resentimientos personales, renunciar á las venganzas, conservar el órden, y respetar las leyes; esta es la gracia que desde el sepulcro os pide D. Manuel Dorrego. ¿Se la negareis? Prometedla, pues, en prueba de vuestro amor, y rogad á Dios con migo, que descanse en paz

A M E N.